

El juez de Yaxalum

Vázquez Lorenzo, Maribel

1995

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/5163>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

EL JUEZ DE YAXALUM

MARIBEL VÁZQUEZ LORENZO¹

Ya ni me acordaba de los indios ni del cura, ocupado como estaba planeando mi campaña. La candidatura la aceptaron muy rápido. De Don Atanasio, fuera de los tzeltales, ni quién se acuerde. La mirada de los indios clavada en mí me estaba resultando incómoda. Me urgía que se largaran; le dije al cura que en la noche iban a soltar a uno, al que medio hablaba español, que al otro lo sacaríamos dentro de un mes. ¡A ver cómo le hace para expresarse en tzeltal! Así es como deben ser las cosas. De aquí a treinta días nadie va a pensar en Don Atanasio. Eso sí a condición de que se dejaran de diligencias. El indio ladino le tradujo todo al viejo.

Luego se pusieron recontentos. Iban saliendo cuando el viejo dijo algo así como:

—Ma'ba ha'i mehl ya xch'ayat ta co'tan...

Me ganó la curiosidad y ellos respondieron a mi gesto interrogativo:

—Mi padre está muy agradecido con el Padre Paco. Le dijo que ni una vez se le iba a caer del corazón...

El sacerdote con una ancha sonrisa aclaró:

—Que nunca me va a olvidar.

¡Háganme el favor! Pinches indios. No saben ni hablar. Y los curas, como siempre, metiéndose donde no deben. Etnias marginadas les llaman, ¡pinches indios!, eso es lo que son. Tan ignorantes que si no fuera por el Padrecito los hubiera yo dejado bien refundidos en la cárcel. Pero no tenemos pruebas. Se fueron como vinieron. Se quedó flotando el olor de la indiada.

Aquí mismo, en esta oficina, los recibí hace un mes. Era un lunes a finales de marzo. Entre la comitiva pude distinguir al jesuita ese que los anda alebrestando tanto. Creo que lo conocen como el Padre Paco. Antes de verlos los adiviné por el olor. Hacía un calor asqueroso, con todo y que tenía prendido el ventilador. ¡Habían dicho por radio que estábamos a 39° a la

¹ Economista y estudiante de la Maestría en Letras Iberoamericanas; UIA-Golfo Centro.

sombra! A uno de ellos, al más viejo, ya lo conocía de antes. Ha de tener más de ochenta y no habla español. Es tan ignorante que por no saber no sabe ni cuántos años tiene. Recuerdo que en otra ocasión le pregunté su edad y por toda referencia dijeron que "había nacido a los tres años de la ceniza". Me quedé en las mismas y el Padrecito que se cree muy listo me dijo que se refería a la erupción del volcán Santa Margarita que había tenido lugar en 1903. Pero es que son tan de a tiro burros que ni se registran ni nada, uno aquí le tiene que hacer de todo. Me dieron ganas de mandarlos de regreso pa' su casa, pero ni siquiera me dieron oportunidad:

—Licenciado —dijo el Padre—. Queremos que nos dé razón de dos hermanos nuestros que están en la cárcel, ¿de qué los acusan?

Yo sabía bien a qué venían pero me hice el disimulado porque estos indios se creen que uno no tiene más trabajo que verles las caras secas. Les pedí los nombres y busqué en los expedientes. Me tardé bastantito, revisé los papeles de ida y vuelta, abriendo y cerrando cajones, haciendo tiempo, no vayan a pensar que aquí no hay que hacer. Más me cansé yo que ellos. Parecían dispuestos a esperar toda la vida. Les dije que no había nada, que vieran mañana. Se fueron a regañadientes. Antes de salir el cura dijo:

—Temprano aquí nos vemos.

Quise sorprenderlos y les pregunté:

—¿Y usted no sabe de qué los acusan?

—De la muerte de Don *Satanasio* Domínguez —dijo uno de los indios, el más joven.

El Padre le dio un codazo pero ya había metido la pata. A mí me dio harto coraje que lo llamaran así porque Don Atanasio había sido un hombre importante, del Partido de toda la vida. Y daba unos buenos regalos. Ese sí, no estos indios fregados que no tienen ni en qué caerse muertos. Las últimas Navidades me mandó un sobre rete abultado. Conmigo se portó bien gente, la verdad. Decían que le gustaban harto las mujeres y que cuando se le subían las copitas le daba por andarse robando a las indias. Pero eso no lo creí nunca; a ver ¿para qué iba él a robarse a una prieta si podía pagar la vieja que él quisiera? A la gente le encantan los chismes. Y cuando hay que desprestigiar a alguien inventan cada cosa... ¡Las indias, hágame el favor! ¡Qué más quisieran ellas! También decían que si se había hecho rico con el contrabando de maderas preciosas, que si les robaba su tierra a los tzeltales. Porque soy el juez de Yaxalum y estoy bien enterado de todo, que si no... Por eso les dije que regresaran al otro día y luego al otro. Cuando no me quedó más remedio volví a atenderlos.

—Efectivamente —dije dirigiéndome al padre—. Sus amigos están acusados de matar a Don Atanasio Domínguez. Amaneció muerto a mache-

tazos... Y aquí el señor Domínguez era un hombre muy querido, no tenía enemigos... Sin embargo se dice que entre su gente... —y aquí le cargué el desprecio para que no fuera a creer que éramos iguales— tenía hartas desavenencias...

—Pero ustedes no tienen ninguna prueba. Es más, a uno de los que se llevaron dizque a declarar ni siquiera habla español. Yo puedo testificar que estábamos efectuando las “rozas”.

—¿Y cómo puede usted saber que ahí estaban los acusados? Cuando queman los bosques no se ve casi nada, la humareda se vuelve bien espesa. A lo mejor se escaparon a matarlo y después regresaron como si nada.

El reloj que llevo en la mano perteneció a Don Atanasio. Sería yo muy jijo si de plano no me acordara de él. Además, si no fuera por la generosidad de hombres como el señor Domínguez uno se moriría de hambre. El sueldo de un juez por estos rumbos es de risa. Estaba pensando en la memoria de Don Atanasio, un hombre importante. Del partido de toda la vida. Los tzeltales esperaban una respuesta. No son gente fácil. Si te descuidas te llenan de calumnias. La última es la que andan diciendo por ahí: Que si lo mató un enemigo político. Uno los mira a los ojos y no encuentra nada, cuencas vacías de calavera. Entonces el viejo me sacó de mi ensimismamiento:

—Taquin co'tan.

Yo no hablo su lengua, uno de los jovencitos explicó:

—Mi padre dice que tiene seco el corazón.

Ante mi mirada de incompreensión el curita dijo:

—Quiere algo de beber, tiene sed. Llevamos tres días en esta manifestación. ¿Podría darnos un poco de agua?

Les dije que dejaran de fregar. No sé quién me molestaba más, si los indios con su cara inmutable o el jesuita ese dándose las de sabelotodo. Tan fácil que hubiera sido culparlos y dejarlos bien encerrados. Pero no. Han de hacerse los mártires y los buenos. Mala cosa que no tengamos pruebas. Aquí todos queríamos a Don Atanasio. Principalmente yo. Es cierto que a los dos nos interesaba la Presidencia Municipal, pero ya me había resignado a cedérsela. Tampoco era cosa de enemistarse con Don Atanasio. Los indios seguían ahí como momias. Yo le hice plática al padrecito, no más por no dejar:

—¿Y cómo es que estos indios han hecho tan buenas migas con un caxtlán?

—Él no es un caxtlán —saltó uno de los indios, el que tenía la mirada más ladina de todos.

—¿Ay, no? Pos ora resulta que es winic...

—No, tampoco es winic.

Ya quisiera yo que mi mundo fuera tan fácil como el de los tseltales que llaman winic a los que son como ellos y castlanes a los extranjeros.

—El Padre es bueno, ¿cómo va a ser un caxtlán? —argumentó el ladino.

Me dieron ganas de meterlo también al bote. Y el curita ese que se pone muy orondo, como si ser considerado “casi” uno de ellos fuera un orgullo. Pinches indios, no saben ni hablar.

Les hice un interrogatorio largo largo, para ver si caían. Una de las preguntas se la dirigí al viejo:

—Y a su parecer, ¿quién puede haber sido culpable de la muerte del señor Atanasio Domínguez?

—Cheb co'tan.

—Mi padre dice que tiene dos corazones, que tiene dudas.

Luego el viejo agregó algo que ya no quisieron traducirme. Empezaron a revolverse todos y a hablar en quedito. El viejo fue el único que me aguantó la mirada. Yo le clavé la vista sin rajarme. Me miró fijo, casi casi como acusándome. El sacerdote se puso muy nervioso y sin despedirse se los llevó a rastras. ¡Hasta se le olvidó que era viernes!

—Venimos mañana, señor juez.

¡Qué bueno que se les atoró el fin de semana! Ya me están queriendo salir con lo mismo que andan diciendo por todo el pueblo. Hay que ver la de mentiras que repiten sin saber. Son capaces de todo con tal de calumniar. Las declaraciones de los dos presos han coincidido tan bien con las del padre que a mí se me hace que se pusieron de acuerdo. Lo único que falta es que quieran achacarme a mí el delito. Cierto que teníamos nuestras diferencias, porque los dos le habíamos echado el ojo a la Presidencia. Pero yo no se lo había dicho a nadie. Es más, cuando el entierro de Atanasio no faltó quien me diera a mí el pésame. Compañeros de toda la vida. Y lo que sea de cada quien Atanasio era generoso con las propinas. Con las propinas nada más, porque lo que es el puesto de la Presidencia no quería soltarlo. Por más que le dije que ora era mi turno. Y eso que siempre me hice de la vista gorda, dejando que las maderas se fueran sin un solo papel. Puras maderas finas. ¿Por qué había yo de conformarme siempre con un sobre por Navidades? A los hombres importantes también los matan, le dije. Los indios ya se están cansando de que les robes sus mujeres y sus tierras, el día menos pensado te agarran por detrás y te encajan un machetazo. “No se atreven”, me dijo, “nunca van a atreverse”... Lo estuve esperando todo el día. Llegó pasada la hora convenida. Que es que se le hizo tarde por lo de la Presidencia. La idea se me vino a la cabeza con el primer trago de mezcal. Y mientras lo emborrachaba la fui madurando. No lo pensé mucho, a lo mejor

por eso no fallé. Se fue bien servido. Yo salí detrás y lo fui siguiendo. El machete se deslizó solito, engolosinado de atravesarle el cuerpo. Una, dos, siete veces. Estoy seguro que ni el mismo Atanasio si resucitara podría decir quién fue. ¿No se lo había yo advertido? Amaneció tendido, bien muertito. Pinches indios, de veras que nunca iban a atreverse.